

# **ITINERARIO de CONVERSIÓN PERSONAL y COMUNITARIA**

**2015 - 2018**



**Vicariato San Alonso de Orozco  
Orden de San Agustín**

**"NO TE DETENGAS, ÉL TE ELIGIÓ PARA MÁS"**

## Introducción General

### DISCURSO PROGRAMATICO CVO 2014

*¿Quieres ser grande? Comienza por lo ínfimo  
¿Piensas construir un edificio en altura? Piensa primero en el cimiento de la humildad. Y cuanto mayor mole pretende alguien imponer al edificio, cuanto más elevado sea el edificio, tanto más profundo cava el cimiento. Cuando el edificio se construye, sube a lo alto; pero quien cava fundamentos se hunde en la zanja. Luego el edificio se humilla antes de elevarse y después de la humillación se remonta hasta el remate (San Agustín, Sermo 69).*

La reestructuración no puede, o mejor, no sería conveniente que empezara primero por nuestras obras. Es la gran tentación creer que cambiando las estructuras van a cambiar las personas o va a cambiar nuestra vida o mejorar nuestra misión. Nada puede cambiar si no cambiamos cada uno de nosotros. Cualquier reforma debe ser precedida de una reforma interior de actitudes<sup>1</sup>.

Revisando los objetivos de los capítulos recientemente celebrados, y en el mismo diálogo que he mantenido con cada uno de ustedes, aparece como una constante la necesidad de fortalecer nuestra vida comunitaria. Se habla de fomentar, de afianzar la unión entre nosotros, de crecer en

---

<sup>1</sup> Documento Don y Tarea

las relaciones interpersonales, en la integración, en la comunicación entre nosotros, de interesarnos más por nuestra vida. Los años pasan y pareciera que en esto no hemos avanzado mucho. Para seguir la tradición podríamos nuevamente ponernos este objetivo, fácil salida no?, pero que no respondería me parece a nuestra inquietud.

La santa obsesión por lo comunitario, fruto muchas veces de la formación que recibimos, ha hecho que perdamos de vista un elemento esencial de nuestra espiritualidad, LA INTERIORIDAD, que, a mi parecer, es el primero en orden de consecución de nuestro ideal comunitario. La interioridad nos dice que la comunidad se construye de rodillas. Esta fue la experiencia de Agustín, para quien la comunidad surge como consecuencia de un largo proceso de búsqueda, de interioridad y de conversión. No habrá comunidad auténtica, verdaderamente agustiniana, si no nos ponemos de rodillas. No hay comunidad sin interioridad. Y esto no es solamente un invento agustiniano, es bíblico, es la experiencia de la primera comunidad. Es el resucitado, el encuentro con él, que los convoca, que los reúne, que los hace uno, que los hace comunidad. Y no a la inversa.

La interioridad nos ayudará también a recordar que la comunidad no es meramente una realidad sociológica, sino también, y principalmente, teológica, es decir que encuentra su fundamento únicamente en Dios; y desde el momento que Él desaparezca como soporte, desaparece ella mis-

ma.<sup>2</sup> La comunidad no es solo estar juntos como tampoco el lugar/pensamiento hace fraternidad. La vida común a la que estamos convocados es algo más que estar juntos y vivir en una única casa; algo más que asistir a unos mismos actos y trabajar juntos. Todo esto es muy importante y apreciable, pero es un nivel básico<sup>3</sup>, superficial. Buscamos una unidad mayor, unir nuestras almas y nuestros corazones. Y lo único que puede ayudarnos a conseguir este milagro es vivir en la caridad, el amor de Dios, que de muchos corazones hace uno solo. La profundidad de nuestra vida y de nuestras relaciones lo aporta, a mi parecer, la interioridad. Cuando la experiencia de Dios languidece, languidece también la comunión<sup>4</sup>.

Los síntomas indican claramente que a nuestras comunidades les hace falta una renovación en la vida interior. No nos equivoquemos en el diagnóstico y pongamos el acento en la comunidad cuando quizá lo que nos hace falta es interioridad. Y lo digo no solamente por lo dicho precedentemente, sino también porque se respira en nuestros ambientes tristeza, pesimismo, desánimo, cansancio, falta de entusiasmo, y otros etcéteras que son signos que nos piden urgentes renovar ahora mismo nuestro encuentro personal con Jesús. En nuestra Iglesia, hoy, se habla de revolución, quizá

---

<sup>2</sup> Pio De Luis Viscaino, *Teología de la Vida Espiritual en la Regla de San Agustín*, P. 102.

<sup>3</sup> Documento Don Y Tarea, P. 23

<sup>4</sup> Documento Don Y Tarea, P. 25

sería bueno que nosotros pudiéramos acompañarla con una revolución interior que cambie nuestra tristeza por la alegría que nace de la certeza de sentirnos infinitamente amados por Dios<sup>5</sup>.

La interioridad no solo es una invitación a salir al encuentro de Dios; es también una invitación a salir al encuentro de nosotros mismos. No nos vendría mal que nos miráramos un poco y dejemos de mirar la paja en el ojo del hermano. Las dificultades en las relaciones interpersonales, en la vida fraterna, no siempre tienen origen en la comunidad ni tampoco en algún miembro de nuestra comunidad, sino en nosotros mismos, fruto de nuestras inconsistencias e inmadureces. La interioridad nos permitirá hacernos cargo de lo nuestro, de nuestro corazón, de nuestra mente, de nuestra voluntad e iniciar un proceso de conversión. Todos tenemos algo de qué convertirnos aunque hayan pasado los años. Los conflictos deben ser asumidos... a veces de rodilla, otras en cambio por medio de un acompañamiento. A veces, dice Francisco, las crisis de la fraternidad se deben a la fragilidad de la persona, y en este caso es necesario pedir ayuda de un profesional, de un psicólogo. No hay que tener miedo a esto<sup>6</sup>... no le tengamos miedo a conocernos, aceptarnos porque allí está la clave de nuestra superación. Y esto que parece muy personal, es también hacernos

---

<sup>5</sup> Francisco, *EG I*

<sup>6</sup> Antonio Spadaro Sj, *¡Despierten al Mundo!...P. 11*

cargo de la comunidad. Nos hacemos cargo de la comunidad haciéndonos cargo de nosotros mismos.

El Papa Francisco en su homilía de inicio del Capítulo Ordinario 2013 sintetizaba la vida de Agustín en una palabra INQUIETUD y nos proponía reflexionar en torno a tres inquietudes, de la búsqueda espiritual (que nos saca de la instalación), de la búsqueda del encuentro de Dios (que nos renueva), y del amor (que nos hace salir al encuentro del otro para hacer comunidad)<sup>7</sup>. La Iglesia reclama de nosotros inquietud. Es tiempo de la inquietud. El P. General confirmando esta inspiración nos propone: *priorizar la dimensión religiosa de nuestra vida, potenciando la dimensión orante y cultivando nuestra espiritualidad*.

Dicho esto propongo un programa para los próximos años articulado en las tres conversiones de Agustín y las tres inquietudes propuestas por Francisco, que nos ayudarán, eso espero, en nuestras comunidades a potenciar y vivir la dimensión religiosa agustiniana desde el principio inquietud-interioridad.

---

<sup>7</sup> Papa Francisco, *Homilía Inicio del Capítulo General del Orden de San Agustín, 28 de Agosto de 2013*.

**2015** Tema:  
CONVERSIÓN DEL CORAZÓN – IN-  
QUIETUD DE LA BÚSQUEDA ESPIRI-  
TUAL

**2016** Tema:  
CONVERSIÓN DE LA MENTE – IN-  
QUIETUD DEL ENCUENTRO CON DIOS

**2017** Tema:  
CONVERSIÓN DE LA VOLUNTAD – IN-  
QUIETUD DEL AMOR

## **Las Tres Conversiones de Agustín: Corazón, Mente y Voluntad. Un Itinerario de Tres Años**

Para comenzar este itinerario propuesto para este cuatrienio es necesario tener una mirada de conjunto acerca del camino que nos proponemos recorrer. Para poder alcanzar la meta hacemos este itinerario sabiendo: hacia donde, por dónde, cómo y con quién/s vamos a ir. Aquí comienza nuestro viaje cuya primera estación es la Conversión del corazón. A modo de introducción presentamos dos artículos, muy conocidos, Benedicto XVI en la Audiencia General del Miércoles 27 de febrero de 2008, Las conversiones de san Agustín y la homilía del Papa Francisco a los miembros del Capítulo General (28 de Agosto del 2013), la propuesta es volver a leerlos hoy (este año) en el que nos proponemos profundizar en nuestra conversión personal y comunitaria.

### **Benedicto XVI revive la conversión de San Agustín**

Queridos hermanos y hermanas:  
Con el encuentro de hoy quisiera concluir la presentación de la figura de san Agustín. Tras detenernos en su vida, en sus obras, y en algunos aspectos de su pensamiento, hoy quisiera volver a recordar su experiencia interior, que hizo de él uno de los más grandes convertidos de la historia cristiana. A esta experiencia dediqué en particular mi reflexión durante la peregrinación que hice

a Pavía, el año pasado, para venerar los restos mortales de este padre de la Iglesia. De este modo quise expresar el homenaje de toda la Iglesia católica, y al mismo tiempo hacer visible mi personal devoción y reconocimiento por una figura a la que me siento sumamente unido por la importancia que ha tenido en mi vida de teólogo, de sacerdote y de pastor.

Todavía hoy es posible recorrer las vivencias de san Agustín gracias sobre todo a «Las Confesiones», escritas para alabanza de Dios, que constituyen el origen de una de las formas literarias más específicas de Occidente, la autobiografía, es decir la expresión personal del conocimiento de sí mismo. Pues bien, quien quiera que se acerque a este extraordinario y fascinante libro, todavía hoy sumamente leído, se da cuenta fácilmente de que la conversión de Agustín no fue repentina ni tuvo lugar plenamente desde el inicio, sino que puede ser definida más bien como un auténtico camino, que sigue siendo un modelo para cada uno de nosotros.

Este itinerario culminó ciertamente con la conversión y después con el bautismo, pero no se concluyó con aquella Vigilia pascual del año 387, cuando en Milán el profesor de retórica africano fue bautizado por el obispo Ambrosio. El camino de conversión de Agustín continuó humildemente hasta el final de su vida, hasta el punto de que se puede verdaderamente decir que sus diferentes etapas -se pueden distinguir fácilmente tres- son una única y gran conversión.

## La primera conversión

San Agustín fue un buscador apasionado de la verdad: lo fue desde el inicio y después durante toda su vida. La primera etapa en su camino de conversión se realizó precisamente en el acercamiento progresivo al cristianismo. En realidad, él había recibido de la madre Mónica, con la que siempre estuvo muy unido, una educación cristiana y, a pesar de que había vivido en los años de juventud una vida desordenada, siempre sintió una profunda atracción por Cristo, habiendo bebido el amor por el nombre del Señor con la leche materna, como él mismo subraya (Cf. «Las Confesiones», III, 4, 8).

Pero la filosofía, sobre todo la de orientación platónica, también había contribuido a acercarle a Cristo, manifestándole la existencia del Logos, la razón creadora. Los libros de los filósofos le indicaban que existe la razón, de la que procede todo el mundo, pero no le decían cómo alcanzar este Logos, que parecía tan alejado. Sólo la lectura de las cartas de san Pablo, en la fe la Iglesia católica, le reveló plenamente la verdad. Esta experiencia fue sintetizada por Agustín en una de las páginas más famosas de «Las Confesiones»: cuenta que, en el tormento de sus reflexiones, retirado en un jardín, escuchó de repente una voz infantil que repetía una cantinela, nunca antes escuchada: «tolle, lege, tolle, lege», «toma, lee, toma, lee» (VIII, 12,29). Entonces se acordó de la conversión de Antonio, padre del monaquismo, y con aten-

ción volvió a tomar un códice de san Pablo que poco antes tenía entre manos: lo abrió y la mirada se fijó en el pasaje de la carta a los Romanos en el que el apóstol exhorta a abandonar las obras de la carne y a revestirse de Cristo (13, 13-14).

Había comprendido que esa palabra, en aquel momento, se dirigía personalmente a él, procedía de Dios a través del apóstol y le indicaba qué es lo que tenía que hacer en ese momento. De este modo sintió cómo se despejaban las tinieblas de la duda y se era liberado para entregarse totalmente a Cristo: «Habías convertido a ti mi ser», comenta (*Las Confesiones, VIII, 12,30*). Esta fue la primera y decisiva conversión.

El profesor de retórica africano llegó a esta etapa fundamental en su largo camino gracias a su pasión por el hombre y por la verdad, pasión que le llevó a buscar a Dios, grande e inaccesible. La fe en Cristo le hizo comprender que Dios no estaba tan alejado como parecía. Se había hecho cercano a nosotros, convirtiéndose en uno de nosotros. En este sentido, la fe en Cristo llevó a cumplimiento la larga búsqueda de Agustín en el camino de la verdad. Sólo un Dios que se ha hecho "tocable", uno de nosotros, era en último término un Dios al que se podía rezar, por el que se podía vivir y con el que se podía vivir.

## La segunda conversión

Es un camino que hay que recorrer con valentía y al mismo tiempo con humildad, abiertos a una purificación permanente, algo que cada uno de nosotros siempre necesita. Pero el camino de Agustín no había concluido con aquella Vigilia pascual del año 387, como hemos dicho. Al regresar a África, fundó un pequeño monasterio y se retiró en él, junto a unos pocos amigos, para dedicarse a la vida contemplativa y de estudio. Este era el sueño de su vida. Ahora estaba llamado a vivir totalmente para la verdad, con la verdad, en la amistad de Cristo, que es la verdad. Un hermoso sueño que duró tres años, hasta que, a pesar suyo, fue consagrado sacerdote en Hipona y destinado a servir a los fieles. Ciertamente siguió viviendo con Cristo y por Cristo, pero al servicio de todos. Esto era muy difícil para él, pero comprendió desde el inicio que sólo viviendo para los demás, y no simplemente para su contemplación privada, podía realmente vivir con Cristo y por Cristo.

De este modo, renunciando a una vida consagrada sólo a la meditación, Agustín aprendió, a veces con dificultad, a poner a disposición el fruto de su inteligencia para beneficio de los demás. Aprendió a comunicar su fe a la gente sencilla y a vivir así para ella en aquella ciudad que se convirtió en la suya, desempeñando sin cansarse una generosa actividad, que describe con estas palabras en uno de sus bellísimos sermones: "Predicar continua-

mente, discutir, reprender, edificar, estar a disposición de todos, es un ingente cargo y un gran peso, un enorme cansancio" (*Sermón 339, 4*). Pero él cargó con este peso, comprendiendo que precisamente de este modo podía estar más cerca de Cristo. Su segunda conversión consistió en comprender que se llega a los demás con sencillez y humildad.

### La tercera conversión

Pero hay una última etapa en el camino de Agustín, una tercera conversión: es la que le llevó cada día de su vida a pedir perdón a Dios. Al inicio, había pensado que una vez bautizado, en la vida de comunión con Cristo, en los sacramentos, en la celebración de la Eucaristía, llegaría a la vida propuesta por el Sermón de la Montaña: la perfección donada en el bautismo y reconfirmada por la Eucaristía.

En la última parte de su vida comprendió que lo que había dicho en sus primeras predicaciones sobre el Sermón de la Montaña --es decir, que nosotros, como cristianos, vivimos ahora este ideal permanentemente-- estaba equivocado. Sólo el mismo Cristo realiza verdadera y completamente el Sermón de la Montaña. Nosotros tenemos siempre necesidad de ser lavados por Cristo, que nos lava los pies, y de ser renovados por Él. Tenemos necesidad de conversión permanente. Hasta el final necesitamos esta humildad que recono-

ce que somos pecadores en camino, hasta que el Señor nos da la mano definitivamente y nos introduce en la vida eterna. Agustín murió con esta última actitud de humildad, vivida día tras día.

Esta actitud de humildad profunda ante el único Señor Jesús le introdujo en la experiencia de una humildad también intelectual. Agustín, que es una de las figuras más grandes en la historia del pensamiento, quiso en los últimos años de su vida someter a un lúcido examen crítico sus numerosas obras. Surgieron así las «Retracciones» («revisiones»), que de este modo introducen su pensamiento teológico, verdaderamente grande, en la fe humilde y santa de aquella a la que llama simplemente con el nombre de Católica, es decir, la Iglesia. «He comprendido --escribe precisamente en este originalísimo libro (I, 19, 1-3)-- que sólo uno es verdaderamente perfecto y que las palabras del Sermón de la Montaña sólo son realizadas totalmente por uno solo: en Jesucristo mismo. Toda la Iglesia, por el contrario, todos nosotros, incluidos los apóstoles, tenemos que rezar cada día: "perdona nuestras ofensas así como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden"».

Convertido a Cristo, que es verdad y amor, Agustín le siguió durante toda la vida y se convirtió en un modelo para todo ser humano, para todos nosotros en la búsqueda de Dios. Por este motivo quise concluir mi peregrinación a Pavía volviendo a entregar espiritualmente a la Iglesia y al mundo,

ante la tumba de este grande enamorado de Dios, mi primera encíclica, *Deus caritas est*. Ésta, de hecho, tiene una gran deuda, sobre todo en su primera parte, con el pensamiento de san Agustín.

También hoy, como en su época, la humanidad tiene necesidad de conocer y sobre todo de vivir esta realidad fundamental: Dios es amor y el encuentro con él es la única respuesta a las inquietudes del corazón humano. Un corazón en el que vive la esperanza --quizá todavía oscura e inconsciente en muchos de nuestros contemporáneos-- , para nosotros los cristianos abre ya hoy al futuro, hasta el punto de que san Pablo escribió que «en esperanza fuimos salvados» (Romanos, 8, 24). A la esperanza he querido dedicar mi segunda encíclica, *Spe salvi*, que también ha contraído una gran deuda con Agustín y su encuentro con Dios.

Un escrito sumamente hermoso de Agustín define la oración como expresión del deseo y afirma que Dios responde ensanchando hacia él nuestro corazón. Por nuestra parte, tenemos que purificar nuestros deseos y nuestras esperanzas para acoger la dulzura de Dios (Cf. San Agustín, «In Ioannis», 4, 6). Sólo ésta nos salva, abriéndonos además a los demás. Recemos, por tanto, para que en nuestra vida se nos conceda cada día seguir el ejemplo de este gran convertido, encontrando como él en todo momento de nuestra vida al Señor Jesús, el único que nos salva, que nos purifica y nos da la verdadera alegría, la verdadera vida.

[Al final de la audiencia, el Papa saludó a los peregrinos en varios idiomas. En español, dijo:]

Queridos hermanos y hermanas:  
San Agustín es uno de los más grandes convertidos de la historia cristiana. En su libro «Las Confesiones» nos ha dejado una descripción de su experiencia interior de conversión, que continuó durante toda su vida y en la que se pueden ver tres etapas. La primera consiste en su acercamiento progresivo al cristianismo, hasta llegar al bautismo. Su pasión por el ser humano y por la verdad le llevó a buscar a Dios. Un Dios que en Jesús se ha hecho cercano a los hombres haciéndose uno de nosotros. Así, la fe en Cristo culminó su larga búsqueda de la verdad. Más tarde fue consagrado sacerdote, renunciando a una vida sólo de meditación y estudio, para poder servir a los fieles. La última etapa se caracteriza por la profunda humildad intelectual y ante el Señor, con la que sometió a examen crítico sus numerosas obras, para introducir así su pensamiento teológico en la fe de la Iglesia. Agustín es, por tanto, un modelo para cuántos buscan la verdad, enseñándonos que únicamente en el encuentro con Dios, que es amor, el corazón humano puede encontrar respuesta a sus inquietudes.

## Papa Francisco

Homilía en la Solemnidad de San Agustín 28 de Agosto de 2013, en la iglesia de S. Agustín (Roma) a los miembros del Capítulo General OSA

**“Nos has hecho para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que no repose en Ti” (Conf. I, 1, 1).**

Con estas palabras que se han hecho célebres, San Agustín se dirige a Dios en sus Confesiones, y en estas palabras está la síntesis de toda su vida.

“Inquietud”. Esta palabra me conmueve y me hace reflexionar. Quisiera comenzar por una pregunta: ¿qué inquietud fundamental vive Agustín en su vida? O quizás tendría mejor que decir: ¿qué inquietudes nos invita a suscitar y a mantener vivas en nuestra vida este gran hombre y santo? Propongo tres: la inquietud de la búsqueda espiritual, la inquietud del encuentro con Dios, la inquietud del amor.

1. La primera: La inquietud de la búsqueda espiritual. Agustín vive una experiencia bastante común hoy en día entre los jóvenes de hoy. Ha sido educado por su madre Mónica en la fe cristiana aunque si no recibe el Bautismo, pero creciendo se aleja, no encuentra en ella la respuesta a sus preguntas, a los deseos de su corazón, y es atraído por otras propuestas. Entra en el grupo de los maniqueos, se dedica con empeño a sus estudios,

no renuncia a la diversión despreocupada, a los espectáculos de la época, amistades intensas, conoce el amor intenso y emprende una brillante carrera de maestro de retórica que lo lleva hasta la corte imperial de Milán. Agustín es un “hombre de éxito”, lo tiene todo, pero en su corazón permanece la inquietud de la búsqueda del sentido profundo de la vida; su corazón no está dormido, diría que no ha quedado anestesiado por el éxito, por las cosas, por el poder. Agustín no se cierra en sí mismo, no se recuesta, sigue buscando la verdad, el sentido de la vida, sigue buscando el rostro de Dios. Es verdad que comete errores, que toma senderos equivocados, peca, es un pecador; pero no pierde la inquietud de la búsqueda espiritual. Y de esta forma descubre que Dios lo esperaba, más aún, que nunca había dejado de buscarle primero. Quisiera decir a quien se siente indiferente hacia Dios, hacia la fe, a quien está lejano de Dios o lo ha abandonado, también a nosotros, con nuestros “alejamientos” y nuestros “abandonos” de Dios, quizás pequeños, pero ¡hay tantos en la vida cotidiana!: mira en lo profundo de tu corazón, mira en lo íntimo de ti mismo y pregúntate: ¿hay un corazón que desea cosas grande o un corazón adormecido por las cosas? ¿Tu corazón ha conservado la inquietud de la búsqueda o la has dejado sofocar por las cosas, que terminan por atrofiarlo? Dios te espera, te busca; ¿qué respondes? ¿Te has dado cuenta de esta situación en tu alma? ¿o acaso duermes? ¿Crees que Dios te espera o para ti esta verdad tan sólo son “palabras”?

2. En Agustín es precisamente esta inquietud del corazón la que lo lleva al encuentro personal con Cristo, lo lleva a comprender que ese Dios que buscaba lejano de sí es el Dios cercano a cada ser humano, el Dios cercano a nuestro corazón, más íntimo a nosotros que nosotros mismos (*Conf. III, 6,11*)- Pero ni siquiera en el descubrimiento y el encuentro con Dios se detiene Agustín, no se re-cuesta, no se cierra en sí mismo como quien ya ha llegado, sino que continúa el camino. La inquietud de la búsqueda de la verdad, de la búsqueda de Dios se vuelve inquietud por conocerlo siempre más y por salir de sí mismo para hacerlo conocer a los demás. Es precisamente la inquietud del amor. Querría una vida tranquila, de estudio y de oración, pero Dios lo llama a ser Pastor, a Hipona, en un momento difícil, con una comunidad dividida y la guerra a las puertas. Y Agustín se deja inquietar por Dios, no se cansa de anunciarlo, de evangelizar con coraje, sin temor, busca ser imagen del Jesús Buen Pastor que conoce sus ovejas (*Jn 10,14*), es más, como me gusta repetir, que "siente el olor de su rebaño", y sale a buscar a las perdidas. Agustín vive lo que San Pablo indica a Timoteo y a cada uno de nosotros: Anuncia la palabra, insiste en el momento oportuno e inoportuno, anuncia el Evangelio con corazón magnánimo, grande (*cf. 2Tim 4,2*) de un Pastor que está inquieto por sus ovejas. El tesoro de Agustín es precisamente esta actitud: salir siempre hacia Dios, salir siempre hacia el rebaño.... Es un hombre en tensión entre estas dos salidas; ¡no privatizar el amor... siempre en camino! Siempre en camino,

decía usted, Padre. ¡Siempre inquieto! y esta es la paz de la inquietud. Podemos preguntarnos: ¿Estoy inquieto por Dios, por anunciarlo, por darlo a conocer? ¿O me dejo fascinar de esa mundanidad espiritual que impulsa a hacerlo todo por amor de uno mismo? Nosotros, consagrados, pensamos a los intereses personales, a la funcionalidad de la obra, a la carrera...podemos pensar tantas cosas... ¿Me he por decirlo de alguna manera "acomodado" en mi vida cristiana, en mi vida sacerdotal, en mi vida religiosa, incluso quizás en mi vida de comunidad, o conservo la fuerza de la inquietud por Dios, por su Palabra, que me lleva a "ir fuera", a los otros?

3. Y llegamos a la última inquietud, la inquietud del amor. Aquí no puedo no fijarme en la madre, ¡esta Mónica! ¡Cuántas lágrimas ha derramado esta santa mujer por la conversión del hijo! ¡Y cuántas madres también hoy derraman lágrimas porque sus propios hijos regresen a Cristo! ¡No perdáis la esperanza en la gracia de Dios! En las Confesiones leemos esta frase que un obispo dijo a Santa Mónica, que le pedía que ayudara a su hijo a encontrar de nuevo el camino de la fe: "No es posible que un hijo de tantas lágrimas perezca" (*III, 12, 21*). El mismo Agustín, tras la conversión, dirigiéndose a Dios, escribe: "por amor mío lloraba ante Ti mi madre toda fiel, derramando más lágrimas de cuantas derraman las madres a la muerte física de los hijos (*Conf. III, 11, 19*). Mujer inquieta, esta mujer que, al final, dice esa bella expresión: *cumulatius hoc mihi Deus praestiti*

[mi Dios me ha ampliamente satisfecho] (*Conf. IX, 10,26*). Aquello por lo que lloraba Dios se lo había dado abundantemente. Y Agustín es heredero de Mónica, de ella recibe la semilla de la inquietud. He aquí, pues, la inquietud del amor: buscar siempre, sin descanso, el bien del otro, de la persona amada, con esa intensidad que lleva a las lágrimas. Me viene a la mente Jesús que llora ante el sepulcro del amigo Lázaro; Pedro que, tras haber negado a Jesús, encuentra la mira rica de misericordia y de amor y llora amargamente, el Padre que espera desde la azotea el regreso del hijo y cuando aún está lejos corre a su encuentro; me viene a la mente la Virgen María que con amor sigue al Hijo Jesús hasta la Cruz. ¿Cómo estamos con la inquietud del amor? ¿Creemos en el amor a Dios y a los otros? ¿O somos nominalistas en esto? ¡No de forma abstracta, no sólo las palabras, sino el hermano concreto que encontramos, el hermano que está junto a nosotros! ¿Nos dejamos inquietar por sus necesidades o permanecemos cerrados en nosotros mismos, en nuestras comunidades que muchas veces para nosotros es "comunidad-comodidad"? A veces se puede vivir en un edificio sin conocer quién vive al lado; o se puede estar en comunidad sin conocer verdaderamente al propio hermano: con dolor pienso en los consagrados que no son fecundos, que son "solterones". La inquietud del amor empuja siempre a ir al encuentro del otro, sin esperar que sea el otro en manifestar su necesidad. La inquietud del amor nos regala el don de la fecundidad pastoral, y nosotros debemos preguntarnos, cada uno de

nosotros: ¿cómo va mi fecundidad espiritual, mi fecundidad pastoral?

Pidamos al Señor por vosotros, queridos agustinos, que iniciáis el Capítulo General, y por todos nosotros, que conservemos en nuestro corazón la inquietud espiritual de buscarlo siempre, la inquietud de anunciarlo con coraje, la inquietud del amor hacia cada hermano y hermana. Que así sea.

## El Relato del Hijo Pródigo

Algunos autores señalan un gran paralelismo con lo que ocurre en la parábola del hijo prodigio y la experiencia que san Agustín narra en sus *Confesiones*, Un itinerario en tres etapas:

1. Lejos del padre, punto de partida para la conversión, se pregunta: ¿dónde me encuentro?
2. La conversión, como decisión firme de regresar a la casa del padre
3. El encuentro con el Padre misericordioso.

El sentimiento más insistente y profundo de San Agustín en *Las Confesiones* es la esperanza en la misericordia de Dios. Y la expresión más repetida: "*¡Señor Dios de las misericordias!*"

La magnanimidad de Dios ante la miseria humana es la constante preferencial de *Las Confesio-*

nes de San Agustín. El Dios de San Agustín es el Dios de la misericordia y del perdón, es el Dios que coloca su corazón de Padre junto a la miseria humana para levantarla y redimirla. El Dios de la misericordia y del perdón es el revelado por Jesús en el Evangelio. Es el que acoge al hijo pródigo, busca a la oveja perdida y perdona a los pecadores que con fe se acercan a Él.

Así lo expresa en Las Confesiones:

*"¿Dónde estabas entonces para mí? ¡Cuán lejos estabas de mí, Dios mío! Mas yo era el que andaba alejado de Vos, y que me veía, como el hijo pródigo, privado aun de las bellotas con que alimentaba a los cerdos.(...) ¡Pobre infeliz de mí!, ¡por qué grados fui cayendo hasta dar en el profundo abismo en que me veía! Porque yo, Dios mío (a quien confieso todas mis miserias, pues tuviste piedad de mí antes que yo pensase confesaréte-las), con mucha fatiga y ansia, por hallarme tan falto de la verdad, te buscaba, Dios mío, con los ojos y demás sentidos de mi cuerpo, y no con la potencia intelectual, en que Vos quisiste que me distinguiese y aventajase a los irracionales, siendo así que Vos estaba más dentro de mí que lo más interior que hay en mí mismo, y más elevado y superior que lo más elevado y sumo de mi alma". (Confesiones: Libro 3, 11)*

El punto de partida para emprender la marcha hacia el padre consiste en tomar conciencia, saber y preguntarse con sinceridad dónde estoy, en qué medida puedo verme en la misma situación

del hijo que se alejó del padre, y lejos de él experimenta la extrema soledad y las necesidades materiales. Este año en el que intentaremos profundizar en la conversión del corazón, es preciso meditar en nuestros sentimientos, necesidades, afectos, inclinaciones naturales, deseos y ambiciones, inconsistencias y evaluar en qué medida he alcanzado la felicidad, si he encontrado a Dios, si lo sigo buscando, o si me he detenido o he caído en la desidia, es decir si mis anhelos de Dios y de las cosas de Dios me siguen motivando o no. Es el momento de la interioridad, como nos invita el Papa Francisco, de mirar en lo profundo de tu corazón, mira en lo íntimo de ti mismo y pregúntate: ¿hay un corazón que desea cosas grande o un corazón adormecido por las cosas? ¿Tu corazón ha conservado la inquietud de la búsqueda o la has dejado sofocar por las cosas, que terminan por atrofiarlo? Dios te espera, te busca; ¿qué respondes? ¿Te has dado cuenta de esta situación en tu alma? ¿o acaso duermes? ¿Crees que Dios te espera o para ti esta verdad tan sólo son "palabras"?

## PRIMERA PARTE – AÑO 2015

### LA CONVERSIÓN DEL CORAZÓN

(Texto P. José Guillermo Medina OSA)

*Entre estos tales estudiaba yo entonces, en tan flaca edad, los libros de la elocuencia, en la que deseaba sobresalir con el fin condenable y vano de satisfacer la vanidad humana. Mas, siguiendo el orden usado en la enseñanza de tales estudios, llegué a un libro de un cierto Cicerón, cuyo lenguaje casi todos admiran, aunque no así su fondo. Este libro contiene una exhortación suya a la filosofía, y se llama el Hortensio. Semejante libro cambió mis afectos y mudó hacia ti, Señor, mis súplicas e hizo que mis votos y deseos fueran otros. De repente apareció a mis ojos vil toda esperanza vana, y con increíble ardor de mi corazón suspiraba por la inmortalidad de la sabiduría, y comencé a levantarme para volver a ti. Porque no era para suplir el estilo—que es lo que parecía debía comprar yo con los dineros maternos en aquella edad de mis diecinueve años, haciendo dos que había muerto mi padre—; no era, repito, para pulir el estilo para lo que yo empleaba la lectura de aquel libro, ni era la elocución lo que a ella me incitaba, sino lo que decía. ¡Cómo ardía, Dios mío, cómo ardía en deseos de remontar el vuelo de las cosas terrenas hacia ti, sin que yo supiera lo que entonces tú obrabas en mí! Porque en ti está la sabiduría (Conf. III 4.7-8).*

Con estas palabras, Agustín narra su primera conversión que sucedió en plena edad de la inexperiencia, a los 19 años, cuando acababa de finalizar los estudios de retórica. El describe esta experiencia como un cambio, como una transformación radical de su corazón. Percibe que su vida cambió y tomó un nuevo rumbo, ya no más orientada hacia las cosas terrenas, sino hacia las sublimes o eternas. Su corazón, comenta el joven Agustín, ardía en deseos y aspiraciones por la Sabiduría y de ella se había apasionado al punto que no deseaba en esta tierra otra cosa que abrazarla y seguirla. Fue a partir de esta lectura que comenzó todo su camino de búsqueda de la Verdad, precisamente con una conversión, con una nueva disposición y renovación del corazón. El camino de la conversión se abre con una conversión, con una transformación del corazón, de sus sentimientos, de sus deseos, de sus aspiraciones, de su modo de dirigirse hacia Dios.

En los primeros libros de las *Confesiones* Agustín nos abre su corazón y nos invita a entrar en él para presenciar el combate que él mismo protagoniza con sus emociones, sentimientos, deseos y amores. ¿Cuál era por aquel entonces el sentimiento de mi corazón? Es esto mismo lo que él se propone hacer en este momento: escuchar el corazón, navegar en él y para conseguir esto lo deja hablar. El carácter dialógico de las *Confesiones* permite que Agustín entre en un diálogo fluido con su corazón en el que él habla y su corazón responde con un lenguaje propio del corazón, es

decir, con un lenguaje de los sentimientos, emociones y deseos y, a través de sus latidos, inicia la *exploratio cordis*. Agustín es consciente que éste es el camino que debe seguir para alcanzar la verdadera conversión; él sabe que éste es el primer escalón que lo conducirá a un conocimiento mayor de sí mismo y lo que lo aproximará más de la Verdad. Por eso no duda en lanzarse a esta aventura. Por eso no es en vano que dedique sus primeros siete libros de las Confesiones a hacer esta *exploratio cordis*.

Para alcanzar este objetivo, Agustín se propone primero reflexionar sobre sus propias experiencias, pasadas y presentes, que contienen las semillas de la revelación personal a través del cual Dios se revela. Como en el caso de Agustín, aprendemos a conocernos a través de la reflexión en torno a nuestras experiencias. Nuestras experiencias consisten en todo aquello que nos sucede y que, por tanto, no podemos controlar enteramente. La propuesta agustiniana de volvernos hacia nuestras experiencias, de tomar conciencia de ellas, de lo que nos sucede y de lo que provoca en nosotros, nos permite actuar con mayor libertad. Una conciencia sincera de nuestras experiencias nos ayuda a definir mejor lo que nos sucede, tal y como lo percibimos por medio de los sentidos, de la vista, del olfato, del oído, del tacto, de la imaginación, de la intuición o de cualquier forma de percepción de lo que nos sucede.

En este proceso de conocimiento se pueden pre-

sentar diferentes reacciones ante una experiencia determinada. Podemos optar por eludir completamente el conocimiento de nuestra naturaleza utilizando estrategias defensivas como la negación y la ilusión. Los seres humanos somos extraordinariamente propensos o proclives a utilizar ambas estrategias, además de aquellas habilidades que nos permiten existir y sobrevivir. Decidimos actuar en respuesta a nuestra experiencia de tal forma, que la tensión y la ansiedad provocadas por la misma se resuelvan sin que aprendamos nada nuevo sobre nosotros mismos. La experiencia en un cierto sentido nos controla, nos invade de tal forma que no deja espacios para la libertad y la reflexión.

Las experiencias de las que estamos hablando incluyen todo tipo de cosas que suceden a nuestro alrededor como por ejemplo el recrearnos con el aroma de nuestra comida favorita, ser halagados y criticados por otros, tratados sin consideración ni compasión, aburrirnos, recibir órdenes, responsabilizarnos ante los demás o ante nosotros mismos por nuestros actos, ser atacados, rechazados, manipulados, perdonados. Entre nuestras experiencias también se incluyen nuestros encuentros con los límites impuestos por los límites, las normas, la distancia, la proximidad, el dolor, el sufrimiento, la pérdida.

Al entrar en contacto con nuestras experiencias, entramos en contacto con todo aquello que sucede dentro de nosotros mismos, en nuestro inte-

rior, y más precisamente en nuestro mundo de los sentimientos, emociones, deseos que se activan con la misma experiencia. La experiencia en este sentido funciona como una especie de detonador provocando en nosotros reacciones emocionales, intelectuales, espirituales que nos revelan alguna cosa de nosotros mismos, de nuestra realidad interior y de la persona que decidimos ser. El hecho de conocer nuestras experiencias define el mundo que nos rodea y no nuestro mundo íntimo. Nosotros no somos nuestras experiencias; la experiencia es externa. Pero, si nos limitamos únicamente a ser lo que sucede a nuestro alrededor nos convierte siempre en víctimas. La importancia del conocimiento y toma de conciencia de nuestras experiencias radica precisamente en esto: en sí mismas las experiencias no tienen importancia, pero considerando lo que ellas provocan en nosotros, en nuestro interior, son de gran valor para el conocimiento personal. Las experiencias son como un espejo donde nos vemos reflejados tal cual somos. Ellas provocan en nosotros algo, reacciones, que nos permiten conocernos y por eso mismo son importantes a pesar de ser externas a nosotros mismos.

En los siete primeros libros de las *Confesiones*, Agustín hace un repaso de sus experiencias más significativas y de las reacciones, sentimientos que las acompañaron. Por eso hablando de su adolescencia recuerda el ardor que sentía por satisfacer los deseos de la carne y cómo se había abandonado a las cosas más bajas (*Conf. II 1.1*).

La furia pasional, comenta Agustín, se apoderó de mi persona. Hice una entrega incondicional atacado por la locura de mis apetitos (*Conf. II 2.4*). Recuerda también la experiencia insignificante del robo de las peras y los sentimientos que probó al practicar el mal por mal. Era repugnante y la amé. Amé mi perdición, amé mis propias deficiencias, pobre alma alocada...y para el colmo, deseaba la maldad por sí misma (*Conf. II 4.9*). ¿Qué es lo que amé en aquel robo – se pregunta Agustín- en que imité al Señor con una actitud perversa y viciosa? Me encapriché en obrar contra tu ley a bases de engaños...; Oh putrefacción! ;oh monstruosidad de la vida! (*Conf. II 6.14*). Deteniéndose a pensar en esta experiencia y meditando sobre el acto cometido, Agustín logra percibirse a sí mismo. Entra en contacto con sus sentimientos más genuinos y se pregunta: ¿cuál era el sentimiento de mi corazón? Por supuesto que eran radicalmente feos. ;Pobre de mí!, era yo el que los experimentaba. Así también recuerda su paso por Cartago, sus amores sensuales y los sentimientos que despertaban en él los espectáculos del teatro: en aquel entonces, en los espectáculos teatrales, disfrutaba haciendo causa común con los enamorados cuando gozaban en sus vicios y me entristecía cuando se separaban. En ambas situaciones sentía placer (*Conf. III 2.3*). Por aquellas fechas, cuenta Agustín, yo andaba buscando algo por lo que sufrir, porque me gustaba sentir dolor (*Conf. III 2.4*). El contacto con sus experiencias pasadas permiten que Agustín pueda hacerse un mapa de sí mismo, que entre en contacto con su mundo

interior, con sus alegrías y sus tristezas, engaños y fracasos, en fin, le permiten que pueda tomar conciencia con su realidad más íntima.

Para llegar a este punto de contacto profundo se precisa hacer todo un proceso que comienza con un primer paso que consiste en dar nombre a nuestras experiencias sin recurrir a la negación o a la ilusión (como nos hubiera gustado que fueran). Se trata, también, de un primer paso para la revelación de que Dios es un Dios de la realidad, no de la ilusión. No hallaremos a Dios por medio de ilusiones. Dios se relaciona con esa realidad en la que somos vulnerables, necesitados, impotentes, ambiciosos, competitivos, generosos, limitados, rechazados, etc. Este primer paso lo vemos reflejado en la sinceridad con la que Agustín habla en los primeros libros de las Confesiones sin recurrir a negaciones ni mucho menos a ilusiones. El no tiene reparos en considerarse y reconocerse como el peor del mundo, que es lo que realmente siente cuando se coloca de frente a sus experiencias pasadas. Muchos han criticado a Agustín por esta visión negativa de la naturaleza humana porque no se limita a celebrar sus glorias y bondades; pero es precisamente a través de este reconocimiento y sinceridad que puede llegar a conocer al hombre como realmente es. Calificar nuestra experiencia sin utilizar la negación o la ilusión, exige la misma predisposición para interpretar nuestra realidad en términos no elogiosos y sí precisos.

El segundo paso en este proceso de interioridad

consiste en preguntarse y responder lo siguiente: ¿qué clase de persona soy cuando vivo esta experiencia? La respuesta a esta pregunta hará que seamos capaces de tomar conciencia de nuestras emociones. Este segundo momento consiste en pasar de las experiencias (que son externas a nosotros) a nosotros mismos; de lo que sucede en el exterior a lo que sucede en nuestro interior. Mientras las experiencias no son nuestras y permanecen en el exterior, las emociones sí que lo son y forman parte de nuestra interioridad. El primer nivel bajo la superficie es mi reacción emocional ante lo que me sucede en el tiempo presente o en mi memoria. Las emociones, o los sentimientos, son las reacciones internas inmediatas, automáticas e instintivas, frente a cada una de nuestras experiencias, pero sucede que esta realidad no es siempre fácil de revelar ni tampoco de reconocer. Existe una resistencia bastante grande para revelar esta realidad cuyo motivo radica en nuestra conciencia instintiva de que revelar este mundo emocional nos hace más vulnerables y nos deja desprotegidos.

En consecuencia, el tercer paso en este proceso es la voluntad para entender aquellas necesidades que revelan nuestras emociones y reconocer con franqueza aquellas necesidades que se ven satisfechas o frustradas por nuestra experiencia. El hecho de tener necesidades significa que no somos autosuficientes y que otros detentan poder y control sobre nosotros. Tener necesidades significa que no somos tan libres para mostrar-

nos generosos, desinteresados y trascendentes. Tener necesidades significa que seguimos siendo niños a pesar del grado de madurez y responsabilidad que hayamos alcanzado. A pesar de esta realidad tan nuestra, nos resistimos con extraordinaria pasión a esta necesidad y a la finitud que implica. Y todo esto porque nuestras necesidades nos revelan tal como somos. Ellas nos revelan lo que somos y nos permiten a su vez ser más precisos a la hora de definir quiénes somos.

El reconocimiento claro de nuestras necesidades nos conduce a la última fase de este proceso y es entonces cuando somos libres para tomar decisiones acerca de nuestro comportamiento y sobre la persona que deseáramos ser. Se trata de la fase de los valores y también aquella de los conflictos más intensos. Los valores consisten en aquello que no es más importante. Existen dos fuentes de valores, una es instintiva y la otra es producto de una elección verdaderamente humana. Valoramos instintivamente cualquier cosa que satisfaga nuestras necesidades. Cuando decidimos satisfacer una necesidad tan pronto como ésta se plantea, aliviarnos la tensión provocada por dicha necesidad, y, por ende, nos despreocupamos por reconocer que atravesamos una experiencia de finitud. En consecuencia no existe una motivación real por avanzar en su interiorización (no nos preocupamos por tomar conciencia de lo que nos sucede). Sin embargo, somos libres también de valorar aquellas cosas que no satisfacen nuestras necesidades, y al aferrarnos a ellas estaremos

aumentando, de hecho, nuestras necesidades. Ejemplo de ello es nuestra decisión de valorar la pobreza, la castidad y la obediencia. Obviamente, puede existir un intenso conflicto entre que valoramos instintivamente y lo que apreciamos libremente y por elección. El proceso de interioridad y conciencia propia implica ser conscientes de este conflicto para así resolverlo con el mayor grado de libertad y no dejarnos simplemente arrastrar. De lo contrario, es muy probable que tratemos de satisfacer nuestras necesidades instintivas de modo que acabemos contradiciendo nuestros valores elegidos sin siquiera saberlo.

#### **Sugerencias para la lectura personal:**

- Las Confesiones, Libros I - VI
- Documento "Alégrese: Carta a los consagrados..." (Marzo 2014)

## LA PAZ Y LA ALEGRÍA DE VIVIR

(Texto guía – Itinerario de Conversión personal- comunicaria- Pastoral OALA)

Lo que hay en nuestro interior es incomparablemente superior a lo que nos rodea por fuera, decía Santa Teresa de Ávila. Porque la interioridad es nuestra vida, la vida verdadera. Es el conocimiento propio, por tanto, el principio de la sabiduría; sin embargo ; cuánto nos cuesta navegar por el interior! Esto es así porque todos los sentidos nos empujan hacia afuera. Y no se cansa el ojo de ver ni el oído de escuchar... Lo expresó bien San Agustín porque bien lo experimentó: Resulta que *Tú estabas dentro de mí y yo estaba fuera, y por fuera te buscaba, y deforme como era, me lanzaba sobre las cosas hermosas creadas por Ti. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Me retenían lejos de Ti todas las cosas que, si no existieran en Ti, nada serían...*

Todas las personas llevamos dentro un pozo de paz y alegría de vivir que anda cegado por las múltiples codicias y condicionamientos que adquirimos en la vida. Ese depósito es parte de cada uno, a pesar de los obstáculos con que cada uno tenemos que lidiar. Estos se vuelven manejables en la medida en que crecemos en conocimiento propio y libertad interior, y se vuelven inmanejables en cuanto vivimos enajenados, extrañados, lejos de nosotros mismos, a merced del viento de la superficialidad. Porque la vida es el 10% de lo que nos sucede, el resto se origina en la forma

como tomamos lo que nos sucede. Liberar desde la interioridad ese ámbito de alegría y paz es abrir la puerta a la felicidad permanente.

*“El Reino de los Cielos se asemeja a un tesoro que un hombre encuentra en un campo”* dice el Maestro. Pues bien, el tesoro máximo de nuestra vida es conocernos, es descubrir dentro de nosotros el ámbito de la paz interior y el contento de vivir, que a su vez es la expresión de nuestra armonía e integración, la expresión de la presencia de Dios en nosotros. Hay personas que no conocen mucho de ciencia pero se conocen a sí mismos, han puesto en funcionamiento la estructura que los lleva a vivir en la alegría, en la armonía, en la unidad, en la paz. Son dueños de sí, es decir, encontraron el tesoro. Porque el saber puede hartar, pero lo que satisface verdaderamente es poder gustar internamente de las cosas.

Casi todos vivimos prisioneros de la imagen, de las racionalizaciones, de las codicias y eso nos impide gustar la paz. La violencia, la crítica, los reproches, la desconfianza, turban el alma porque apartan, alejan, disgregan, atiborran la mente y nos arrebatan la paz. Nuestra mente, nuestro interior, tienen su propio lenguaje: son los sentimientos. Voy por buen camino si vivo en paz y con alegría, voy por mal camino si prevalecen los sentimientos de turbación, tristeza, ansiedad, miedo...

Hablar de Interioridad es algo extraño a nuestro mundo porque el hombre actual es más exterior

que interior y, a quien anda desparramado en lo exterior, le resulta difícil entrar en sí mismo. Sin embargo, solo cuando se entra dentro de sí y se distancia de la vida de los sentidos, cuando uno vuelve a su corazón, es capaz de conocer y de conocerse. El fruto maduro es la autenticidad. Los sentidos nos proyectan al exterior y captan solo lo que aparece superficialmente. Por eso el hombre sin interioridad es un ser anónimo, gregario, sin misterio. Es copia más que original.

La interioridad es el lugar de las preguntas y las certezas, pero sobre todo es el lugar de los grandes encuentros: encuentro consigo mismo, con los demás, y de seguro, con Dios. Las respuestas a las grandes preguntas surgen de la interioridad. Por tanto, esta dimensión es un lugar privilegiado para la plena realización del hombre. El camino de la interioridad agustiniana se caracteriza por la invitación a no caer en las redes del vacío o la superficialidad propios de esta cultura del ruido y la banalidad. Cuidar la interioridad es cuidar el corazón (es decir, la persona total). Hay que cuidar el corazón, saber qué sentimientos nos habitan, qué deseos nos pueblan, distanciarse del ruido y del trabajo, contemplar, tomar el pulso de la propia vida para aprender a vivir significativamente...

La interioridad no es huida, sino la raíz de la propia vida, la casa de la verdad, un espacio para el reconocimiento de la Verdad que lleva el ser humano impresa dentro de sí. Necesitamos la interioridad para poder oír la voz de la naturaleza cla-

mando por la vida. Necesitamos el silencio para pensar que la vida incluye la justicia social, la paz y el respeto por todos los hombres; necesitamos la luz que nos alumbró nuestro camino y aprender a contemplar las maravillas que surgen de un amor verdadero. Necesitamos la fe para creer en la gratuidad y percibir a ese amor que desde dentro nos habita, porque en Él somos nos movemos y existimos.

## **A. Relaciones Conmigo Mismo: la Madurez y la Autenticidad.**

La dimensión humana y comunitaria. *"Tiende a acompañar procesos de formación que lleven a asumir la propia historia y a sanarla, en orden a volverse capaces de vivir como cristianos en un mundo plural, con equilibrio, fortaleza, serenidad y libertad interior. Se trata de desarrollar personalidades que maduren en el contacto con la realidad y abiertas al Misterio"* (D.A. n° 280). Otra motivación: *Confesiones, 8, 5, 10 y 8, 5, 12.*

**-¿Me conozco? ¿Me conozco bien? ¿Aprendí a navegar por mi interior? -¿Cómo me veo, cómo me percibo, como me siento? ¿he aprendido a amar? -¿Cuáles son mis cualidades? ¿Qué defectos y debilidades reconozco en mí...?**

**-¿Vivo prisionero de la imagen, de las racionalizaciones, de las codicias?... ¿cuáles? -¿He descubierto en mí el pozo de la paz y la alegría de vivir?,**

¿cómo se manifiesta? -¿He crecido en libertad interior o vivo pendiente de del qué dirán, de la imagen que debo dar? -¿Qué valoro más, ser reconocido o ser yo mismo? ¿Soy humilde o vivo para la galería? -¿Cómo son habitualmente mis sentimientos, de paz y alegría o de miedo, turbación, ansiedad? -¿Cómo se manifiestan: ¿alegría o crítica ácida?, ¿alabanza o reproches?, ¿confianza o...?

-¿He asumido mi propia historia? ¿He sanado mis heridas? ¿Me reconcilio frecuentemente? -¿Manifiesto fortaleza, serenidad, equilibrio, tolerancia... o todo lo contrario? -¿Qué me propongo rectificar y qué tareas asumir en orden a crecer en autenticidad personal?

## B. Relaciones con los demás: La Comunidad.

*"¿En qué debemos ejercitarnos mientras estamos en este mundo? En el amor fraterno. Tú puedes decirme que no ves a Dios; pero, ¿puedes decirme que no ves a los hombres?" TSJ 5,7*

*"No hay verdadera amistad, sino entre aquellos a quienes Tú, Señor, unes entre sí por medio de la caridad, derramada en nuestros corazones por el E. Santo que nos ha sido dado" Conf. 4,4,7. "Es la caridad la que se observa principalmente entre sí; es la que regula su alimento, sus palabras, vestido y semblante, y les une y les concierta, y su violación, es a sus ojos ofensa al mismo Dios. Arrojan lejos de sí y rechazan todo lo que podría serle obstáculo..." LCI 1,33,73*

-¿Cómo es tu experiencia de la vida comunitaria? Lo que te gusta o disgusta, lo que te da...¿Qué valores aportas a la misma? ¿Cómo practicas eso de que la comunidad es el amor al prójimo en acción? Si la fraternidad es el verdadero culto a Dios, ¿cómo va el culto en tu templo? -Si la comunión de bienes es el signo que valida nuestra fraternidad, ¿qué tan transparente eres? -¿Te preocupa más el ser o el hacer? ¿Qué tiempo das a uno y qué al otro?

-¿Qué peso tiene en tu vida la amistad, la comunión de bienes, la oración, el estudio y el apostolado? -¿Cómo vives los valores de la amistad (querer bien, -benevolencia-; decir bien, -benedicencia-; hacer bien, -beneficencia-; confiar -benefidencia-? -¿Cómo vives la espiritualidad agustiniana? ¿Has pensado alguna vez en convertirte de verdad? ¿Qué te lo impide?

-¿Qué me propongo rectificar y qué tareas asumir en orden a crecer en fraternidad?

## C. Relaciones con la Misión: El Apostolado

*"Aterrado por mis pecados y por el peso enorme de mi miseria, había tratado en mi corazón y pensado huir a la soledad; mas Tú me lo prohibiste y me tranquilizaste, diciendo: por eso murió Cristo, por todos, para que los que vivan ya no vivan para sí, sino para aquel que murió por ellos Conf.. 10,43,70*

*"No se lancen a trabajar con orgullo ávido, ni huyan del trabajo con torpe desidia... No antepongan su ocio a las necesidades de la Iglesia." Comment. Salm 41,9*

-¿Como anuncias y haces presente con tu vida el Reino de Dios (amor, misericordia, justicia...)?  
-¿Huyes o asumes la tarea de evangelizar en serio? ¿Cuentas con los demás, trabajas en equipo?  
-¿Crees lo que anuncias? ¿Vives lo que crees?  
¿Predicas lo que vives? -¿Estudias para dar respuestas a los interrogantes de hoy en tu apostolado?

-Has llegado a un equilibrio entre acción y contemplación? -El servicio a Dios -apostolado- ¿es en ti un buen medio para poder contemplarlo?  
-¿Qué me propongo rectificar y qué tareas asumir en orden a ser mejor pastor, mejor apóstol?

## D. Relaciones con Dios: los votos como Consagrados

*"Vivir cerca de Dios no es cuestión de espacio sino de afecto. ¿Amas a Dios? Estás cerca de Él. ¿Le has olvidado? Estás lejos. No hace falta pues que cambies de lugar. Cambia de corazón". S.A.  
"De ninguna otra cosa debe preocuparse uno en la vida sino de elegir lo que se ha de amar" S 96,*

-¿Cómo es mi relación con Dios? ¿Tengo vida de oración, o soy un activista nato? -¿Qué lugar ocupa la lectura, el estudio y la meditación de la Bi-

blia en mi vida? -¿Busco incesantemente la voluntad de Dios, o...? -¿Es Dios tu única riqueza o presumes de tus cualidades y obras?

-¿De qué manera respondes al amor incondicional de Dios? -¿En qué aspectos de tu vida sientes que Dios te ha salvado, te ha liberado? -¿Me siento realmente un "consagrado a Dios"? ¿En qué medida?

-¿Qué hechos, actitudes, posturas, quiebran mi consagración al Señor? -¿Sientes que los votos son una carga o un impedimento para la realización personal? -¿Cómo los vivo? -Coherencias, incoherencias... ¿Cuál es el voto que más me cuesta? ¿Por qué? -¿Qué me propongo rectificar y qué tareas asumir en orden a vivir mi vida religiosa como consagrado?



**Vicariato San Alonso de Orozco**  
**Orden de San Agustín**